

que circunstancias muy graves casi habian llegado á borrar súbito.

Los esposos de la calle del Humilladero, el tio Colás y la señora Teresa, eran los que sentian una mezcla de tristeza y de contento á la vez, formando este en su corazon un compensador equilibrio.

El júbilo pertenecia exclusivamente á D. Enrique Utrera.

En cuanto al venerable y simpático anciano de que hablamos, lo era y mucho D. Pablo de Montenegro.

Pero ¿y qué se ha hecho de María?—se nos preguntará.

Hé aquí precisamente la causa del cambio radical que decimos, cambio que ciertamente es una verdadera sorpresa por ser sorpresa agradable en nuestro concepto.

Vamos á explicar lo que en manera alguna es un fenómeno, ni siquiera una cosa extraordinaria.

Despues de la escena que habia tenido lugar entre hija y padre, este, dominando quizá por la primera vez en su vida el resuelto y dominante carácter de Eugenia, terminó la aclaracion de tan punibles faltas en su propia casa, á cuyo efecto obligó á la antigua sirvienta á que delante de su propia ama declarase cuanto sabia.

Petra, cuando semejante cosa se le propuso, movida de un invencible, aunque ciertamente bien fundado temor, se negó á acusar á Eugenia cara á cara, pues de su perfidia todo podia esperarlo.

Mas el viejo Montenegro la tranquilizó en este punto, asegurándola que ni su hija la causaria ningun nuevo disgusto, ni quedaria en libertad de entregarse á nuevos mañejas; toda vez habia resuelto obligarla en breve á meditar en una prudente clausura sus errores y extravíos, ya que

tanto habia distado de comprender sus deberes, aun despues de cometida su falta.

Concertóse, pues, que D. Enrique y Petra concluirían con sus afirmaciones verbales por arrancar á Eugenia todo pretexto de negativa, y antes bien que se la obligaria á confesarlo todo. Bien hubiera querido Montenegro contar en aquel severo acto con el apoyo de un nuevo y veráz testigo, cual era la amiga que tan lealmente habia ayudado á Eugenia en su ocupacion que entonces se creia temporal, y á quien supo engañar con el supuesto fallecimiento de la desgraciada criatura. Pero se contrajo á miras de bien parecer y de conveniencia. Nada más necesitaba el anciano que la afirmacion de Eugenia misma, y este fin lo consiguió fácilmente, pues ella, desconcertada por dos golpes terribles que estaba muy lejos de esperar, lo que no confirmó con un elocuente silencio, no tuvo ya fuerzas para desmentirlo.

Su padre entonces, y con una precipitacion comparable tan solo á la rectitud de su carácter y á la indignacion de que estaba poseido, puso en juego sus grandes relaciones, y en el término de algunas horas obligó á Eugenia á entrar preventivamente en uno de los conventos de esta córte, dándola á elegir entre dos, en los cuales contaba con la buena voluntad de las superiores.

Ella misma, habiendo elegido el de San Plácido, donde contaba con dos amigas, se apresuró á llenar los deseos de su padre, y entró en él con el corazon oprimido, y presa de un sentimiento que hasta entonces no le habia hecho latir.

Don Pablo de Montenegro dijo, cuando hubo visto cumplida su voluntad, á D. Enrique:

—¿Vd. ama á esa niña?...

—No sabe Vd. con cuánto afán deseo compensar sus muchos sufrimientos, haciéndola feliz con mi amor y mi fortuna,—contestó el jóven con apasionado acento.

—Pues bien: mientras no llega ese caso y preventivamente, quiero adoptar una medida: ya lo veis... he quedado solo...

—Y acaso...

—Sí, me habeis comprendido: hoy mismo quiero que venga á mi lado, al momento si puede ser.

—¡Ah! señor: ¡cuánto lo van á sentir aquellas pobres gentes!

—¿Quiénes?

—Los honrados viejos que la extrajeron de la inclusa y la han servido de padres. ¡La querian tanto!

Con efecto, á las dos de aquella tarde, Utrera y el padre de Eugenia llegaron á la casa-taberna del tío Colás.

—Vamos á proporcionar á Vds. un disgusto,—le dijo al tabernero D. Enrique.

—Pues ¿cómo?...

Pero no bien habia acabado de hacer esta pregunta, fijándose pensativo en la presencia allí de Montenegro, añadió dándose una palmada en la frente y balbuceando con emocion indefinible:

—Pero... será tal vez... ¡tonto de mí!... no, no puede ser... ¡Pero no se me habia ocurrido una idea!... vamos... piensa uno á veces cada disparate... A mis años... no es de extrañar: más diga Vd., diga Vd., señor D. Enrique, veamos qué disgusto me trae Vd. para los postres.

Utrera se sonrió con triste dulzura contemplando la turbación del viejo: desde luego comprendió que habia sospechado, con una penetracion instintiva el objeto de que iban á tratar.

El padre de Eugenia contemplaba con visible curiosidad y complacencia el rostro de aquel hombre, en cuya actitud, en cuyas palabras y en cuyo aspecto aparecía marcado el tipo de la honradéz sencilla y de la bondad acrisolada.

Iba á contestar Utrera, pero Montenegro le interrumpió dirigiéndose al tío Colás:

—Por esta vez creo que no ha hablado bien mi amigo, pues el asunto que nos trae es de alegría para todos.

Y comunicó al tabernero su propósito de llevarse á María.

El buen hombre, cediendo á un arrebató de contento, arrojóse á Montenegro y le abrazó, y dijo medio llorando, medio riendo:

—¡Sí, me lo daba el corazón!... al fin y á la postre... Dios es justo siempre, y tarde ó temprano los buenos!... pero ¡cómo ha de ser!...

Y rompió á llorar como pudiera hacerlo un chiquillo.

Montenegro y Utrera le contemplaron con enternecimiento y el tabernero repuso tratando de dominar su emoción:

—Pero no vayan Vds. á creer que me alegro por librarme de ella... ¡bien sabe Dios que no!... No tengo tan malas entrañas... y luego como uno casi puede decir que la ha visto nacer... que la ha criado... Vamos, ¡paciencia!... no hagan Vds. caso de mí... no tenía otra hija... voy á perder esa hija es verdad... pero ¡qué diablos! ella ganará en el cambio, pues se le presenta un padre que vale mil veces más que yo, pobre de mí... Pero... verdaderamente, ella perdía mucho á mi lado: al cabo, como ustedes ven, metida en una taberna, ella, que había nacido

para señora.... ¡Vaya! ¡vaya! Nicolás: debes darte el parabien... porque al cabo de tus muchos dias podrás morir á satisfaccion, viendo feliz á la que tanto has querido durante diez y seis años.

Montenegro estrechó con efusion la honrada mano de aquel excelente hombre que así menospreciaba su accion más noble, y este repuso dominándose, y enjugando sus lágrimas:

—Pero vamos al grano, llamaré á María y tambien á mi Teresa, que se anda en sus quehaceres por allá dentro; ¡diablo! cuánto se va á alegrar: ¡Teresa! ¡María!—gritó acercándose al corredor:

La señora Teresa, fué quien primero se presentó.

—¿Qué me quieres?...—dijo á su marido,—y luego viendo allí á D. Enrique le saludó mirando con extrañeza á Montenegro.

—Pero... María, ¿dónde está María?—preguntó el tío Colás.

—Ocupada por un momento: más ahora vendrá.

El tabernero repuso cuadrándose delante de su mujer y haciendo un guiño de inteligencia á Utrera y á Montenegro:

—Pues has de saber, vieja querida, que estos señores vienen de apremio contra nosotros, y van á embargarnos: es un verdadero secuestro, una confiscacion. ¡pero qué se le ha de hacer!... Cuando ménos se piensan las cosas, cádate que suceden... y Cristo con todos.

—Pero explicate, que no entiendo una jota de lo que dices,—observó la señora Teresa, dirigiendo á D. Enrique y al anciano una mirada interrogadora. El tabernero continuó:

—Como te digo, las cosas no van siempre por el ca-

mino que uno las dirige, y de aquí resulta... ¿me comprendes?

—No, y ahora menos que antes.

El tío Colás hizo un esfuerzo, y añadió con resolución:

—Pues allá va, que como dice el otro, cuanto más antes mejor: amiga mía,—continuó,—sábeta que todo se muda en este mundo, y que por lo tanto y para que esto sea, quiere Dios por el bien de todos que en nuestra pobre casa suceda lo que debes ya saber...

—Pero, ¿si yo no sé nada, hombre de Dios!

—¡Ah!... tienes razon: estoy desbarrando; ¡carámba!... creo que aunque por allá nos vamos, chochearé antes que tú... ¡je! ¡je! ¡je!...

—¿Acabarás de una vez?...

—A eso iba; pues sábeta, sábeta que María...

—¿Qué?...

—No está ya bien en nuestra casa.

—¿Cómo?... ¿Ha dicho ella eso?

—¡No, majadera!... cómo habia de decirlo... Pobrecilla, no es capáz de semejante cosa, ni mucho menos, pero Dios ha dicho: ya has sido padre bastante tiempo, y ahora toca su vez á otro, y este otro, Teresa, es un padre más verdadero y que puede lo que nosotros no podríamos nunca... Más ahí viene María, que de seguro va á sorprenderse: ambas lo sabreis á la vez... pero despacha á esa gente que espera, y cierra luego la puerta para que nadie nos interrumpa, y porque al fin es hoy para nosotros como un día de fiesta.

La señora Teresa fué con efecto á servir á dos mujeres que esperaban, y poco despues cerró el establecimiento.

María se presentó, sumamente sorprendida ante aquella especie de consejo reunido que la esperaba.

Don Pablo Montenegro la tomó una mano y con acento sumamente cariñoso, y despues de haberla contemplado en silencio algunos instantes, la dijo sin más rodeos:

—El señor Nicolás te llama, hija mia, para decirte que desde hoy vas á abandonar su casa.

La jóven miró con asombro; alternativamente al padre de Eugenia, al tio Colás y á su amante.

—¿Que voy á abandonar esta casa?—preguntó.

—Sí,—continuó Montenegro,—para vivir desde hoy en la mia, que te pertenece, que es tuya.

—¡Pero no comprendo qué quiere decir esto!—replicó admirada,—yo estoy bien aquí, señor, y no puedo encontrarme mejor en otra casa.

—Gracias, María; no esperaba yo ménos,—terció el tabornero,—pero no se trata de eso, sino de que ha llegado ya la hora de que cada uno ocupe su lugar; y este señor,—añadió mirando á Montenegro,—es tu padre, tu verdadero padre... ¿comprendes ahora?

María se quedó como si viera visiones: tan repentina sorpresa le era de todo punto inexplicable.

Por fin todo se aclaró: su abuelo, esto es, D. Pablo de Montenegro, manifestó á la jóven su resolucion de que la llevaria á su lado, despues de hacerla comprender el derecho que tenia para protegerla y hacerla feliz, toda vez la reconocia por su hija.

Ella no supo qué responder en los primeros momentos, y se quedó abismada, fluctuando en un piélago de encontradas impresiones, de sentimientos que ella misma no acertaba á definir.

¿Qué suceso extraordinario era aquel que tocaba, quién había dispuesto así variar su suerte de un modo tan repentino y por un medio precisamente que estaba muy lejos de haber imaginado?

Aquel anciano respetable, que la abría sus paternales brazos y que la proponía un cambio tan rudo como ventajoso en sus costumbres y en su fortuna, era el padre de aquella señora que al llamarla hija suya, se mostró tan decidida en ocultar á los ojos del autor de sus días el fruto de su amor con el marqués de la Alianza. El mismo, de los propios lábios del anciano acababa de oírlo.

¿Cómo, pues, se preguntaba, pudo un señor tan respetable, tan orgulloso y al que tanto temía la perversa hija descubriera el secreto de su falta, pudo transigir con todo hasta el punto de reconocerla y tenerla á su lado públicamente?

Además,—y esto sin duda se fijó con preferencia en su mente,—¿aquella mujer tan mala que se decía su madre y á la cual tenía un horror invencible, estaba de acuerdo, tendría alguna participacion en todo aquello? Por ventura ¿se vería precisada á vivir á su lado, exponiéndose tal vez á que la maltratára, á que cometiese con ella una terrible venganza?

Podemos asegurar que esta sola idea la llenó de un disgusto tal y tan visible, que todos advirtieron en su rostro, fiel espejo de su alma cándida é ingénua, una expresion inequívoca de desagrado.

El tabernero, con orgullosa ternura, y con cierto egoísmo que se explica muy bien con su carácter excelente, cogió que los escrúpulos de su prohijada consistirian principal y acaso únicamente en la sensacion que la causaba el abandonarles.

Y en parte no se engañaba el tío Colás, pues si á él le desconsolaba una tan repentina separacion, por su parte María solamente la hubiera aceptado para unirse á D. Enrique. ¿Para qué queria más padre, segun ella misma decia, pues los que la habian dado el sér se habian mostrado, por lo ménos su madre, más inhumanos que las fieras; habiendo tenido ya ocasion de conocer cuán desnaturalizada era la temible mujer que la habia llevado en su seno?

Montenegro, que á medida que la contemplaba, sentia una inclinacion irresistible, poderosa, hácia su nieta, y que por una de esas bruscas transiciones del sentimiento, del afecto humano, sentia estenderse su alma, por decirlo así, sobre aquella hermosa criatura, como cubriéndola con el amor que habia tenido á su pérfida Eugenia en una edad semejante, concibió como celos por la perplegidad de la niña.

La costumbre de vivir, durante tantos años al lado de aquellas honradas gentes que la colmáran de cuidados y de caricias, que la habian arrancado de la abyeccion, que la habian criado y educado, que lo habian hecho todo con entrañable solicitud, ¿dificultaria en el ánimo de la jóven el aceptar aquel cambio por todos conceptos tan favorable?... Tal se preguntaba D. Pablo de Montenegro á su vez, movido por el secreto impulso que decimos, y que casi no se concibe tratándose de su decantado orgullo, y recordando con cuánta persistencia, por cuántos medios habia Eugenia procurado ocultar su falta á aquel padre, hoy tan indulgente, ¡qué decíamos! tan apasionado de aquel inocente fruto de una debilidad.

Cuando Montenegro se enteró por D. Enrique y la que habia sido criada suya, del secreto sepultado entre las sombras de un establecimiento benéfico, y el casual ampa-

ro de una humilde taberna, se estremeció de indignacion.

Su primer impulso despues de la duda natural de un padre, fué de odio, de aversion hácia la hija. Quizá en los dias de su mayor fortaleza, hubiera pensado exterminar á la infame. Burlado en su amor paternal y en su honra, tal vez esto solo no le arrastraria á ejercer un terrible castigo; pero ciertamente que la crueldad de la hija, despues de cometida la falta, le impulsaria á ser cruel, en justa compensacion.

El buen tacto de D. Enrique pudo dulcificar un tanto el dolor de que aquel venerable anciano se sintió poseido, y supo colocar en el corazon la llaga sin profundizarla.

Para borrar en cierto modo la mancha de la pérvida madre, habló de la inocente hija. La elocuencia de Utrera en aquel momento fué digna de su amor: al tratar de María, estaba en su cuerda, en su elemento: era el sacerdote hablando de Dios.

El anciano le escuchó atentamente.

Lo que Utrera le pintaba con los más puros colores, si era un sol en hermosura, poseia tambien el alma y las virtudes de un ángel.

Dos edades hay en la vida del hombre en que este gusta de los ángeles: en su oriente y en su ocaso; en la infancia y en la vejez, que son nuestras dos opuestas auroras, nuestros dos crepúsculos: el uno color de oro y rosa: el otro de nieve; pero ambos de celestial semejanza.

El niño que viene al mundo, al jugar al pié de su cuna, tiene sus sueños y sus sonrisas de ángel, como si comprendiera que aun goza la intimidad, las primicias de un cielo que acaba de abandonar.

El decrepito á su vez, gusta la compañía de los ángeles, porque acaso á través de la tumba cuyo borde toca su

pié inseguro, contempla entre la gloriosa bruma de la eternidad las inmarcesibles alas de los querubines que revolotean en torno al dosel de Dios.

Por eso el hombre, como el día, tiene sus dos crepúsculos; el uno cuando nace: el otro cuando va á morir decrepito. En el primero tiene el alma como suspendida entre el mundo y el Criador.—En el segundo presiente la divinidad, busca la gloria.

Hé aquí por qué el anciano gusta, como el niño, de los ángeles.

Utrera habló á Montenegro de un ángel, y Montenegro pidió á Utrera cuantas particularidades se referían á este ángel, á este ángel nacido de un demonio: á la hija de su hija.

Repetimos que Utrera le habló haciendo justicia, pero también con el elocuente lenguaje de quien, como él, se sentía apasionado.

Montenegro que se había formado el propósito de renunciar á una hija tan querida como ingrata, concibió la esperanza de no perderlo todo.

Entonces fué cuando, con una impaciencia visible, el hombre orgulloso, el hombre intolerante, suplicó expon-táneamente á Utrera que le ayudara en su propósito de adornar el paraíso de su casa con aquella inestimable joya que tanto debía valer.

Sofocado por el momento su amor á Eugenia, tal vez confundido por un tiempo limitado entre las nubes de su exasperacion, creyó encontrar en María un áncora en que estribar sus últimos destellos de ternura.—Cuando D. Enrique Utrera,—se dijo,—ha ofrecido su mano á esa niña, digna será de él y de mí.

Tanto el tío Colás como el padre de Eugenia no iban

descaminados en sus temores; pero quien desde luego comprendió en qué consistía la perplegidad de María, fué él, Utrera, con esa doble vista que dá el amor para leer en el alma de los seres queridos.

—Decidete, María;—dijo,—este señor es tu abuelo; apenas lo ha sabido, no bien conoció la historia que por tanto tiempo ha ignorado, se apresuró, como ves, á buscarte y quiere desde ahora tenerte á su lado.

María le dirigió una mirada en que se traslucía más y más su irresolucion, y respondió con candor admirable:

—Yo no podria vivir al lado de este señor tan respectable.

—¿Por qué?—preguntó Montenegro.

—Por dos motivos.

—¿Cuáles hija mia? ¿Me dirás qué motivos son esos?...

—En primer lugar, seria para Vd. una deshonra el tenerme por hija...

—¿Qué estás diciendo, niña!—replicaron á la vez, como si quisieran borrar hasta el eco de la palabra *deshonra* que acababa de pronunciar la jóven.

—Te engaña tu mucha modestia, hija del alma;—dijo á su vez el anciano, apesadumbrado con la triste idea que aquella pobre criatura tenia de sí misma, ó más bien de la condicion en que el destino la habia colocado,—y pues no dudarás seguramente de mis canas, yo te juro por estas mismas canas y esta honradéz que no me ha abandonado nunca, que al llorar hoy amargamente la perfidia de un sér idolatrado, mi único consuelo, mi felicidad, lo que endulzará los pocos dias que me restan de vida, es la satisfaccion de tenerte á mi lado, y de que si otra persona ha renunciado al sacrificio de cerrar mis ojos, mi mucho cariño hácia ti te permita usar esta piedad con un moribundo... ¡Y par-

diez, querida niña, que esto, á mi modo de ver, no se ha de retardar mucho tiempo!

Al pronunciar el buen anciano estas últimas frases, María que le escuchaba con atencion suma, vió humedecerse los ojos del que hablaba con la severa franqueza de la vejez; y sin advertirlo ella misma, sintió que por sus mejillas corrian algunas lágrimas que brotaban de esa dulce y misteriosa fuente que se llama ternura.

El anciano las vió, y sintió en su corazon indefinible gratitud por aquel primer tributo pagado á su senectud por el alma de una vírgen.

Hubo un momento de silencio en que todos los actores de esta singular escena se encontraron conmovidos.

Pero á pesar de todo, María, que comparando la bondad del abuelo con los pérfidos instintos de la hija, se sintió notoriamente inclinada hácia él, respondió dominando su emocion:

—Señor, la bondad de Vd. y sus palabras que tanto me alientan, bastarian á decidirme; pero una dificultad muy grande se opone á que yo admita un bien semejante.

—¿Una sola?—replicó Montenegro vivamente.

—Una sola,—continuó María,—pero muy grande.

—Sepámosla,—dijo el anciano,—y se hará lo posible por vencerla.

—Es imposible, señor...

—Pero dime al ménos qué es, en qué consiste esa dificultad.

María vacilaba en responder, y miró á D. Enrique de un modo significativo, como si en su mirada le manifestára su pensamiento. Con efecto, Utrera comprendió lo que expresaba.

—No temas hablar con la mayor franqueza,—dijo,—co-

nozco esa dificultad que muy pronto verás desvanecerse; pero quiero, es preciso que la manifiestes tú misma.

—Sí,—añadió Montenegro,—tú misma debes manifiestarme esa dificultad, y si no puedo yo combatirla, supongo que nada he dicho.

La jóven, animada por la excitacion de su amante y del anciano, balbuceó entonces con voz sin embargo imperceptible, cual si con sus palabras temiera causar disgusto.

—Hay una persona, señor, que, sin que yo pueda remediarlo, me impone miedo, porque á mi parecer no es buena...

—¿Y temes que esa persona se opondrá?...

—Temo,—interrumpió la jóven,—que seria capaz de mirarme con malos ojos, de maltratarme tal vez si me viera á vuestro lado.

—¿Y el nombre de esa persona?...—preguntó el anciano, á pesar de que acababa de comprender á quien la jóven aludia.

—Es mi... mi... esa señora...

—Vames, ya caigo,—dijo por fin Montenegro,—es tu madre la persona á quien temes... ¿he acertado?...

María hizo un signo afirmativo, y el anciano replicó batiendo las manos con aire de triunfo:

—Bien decia yo que venceriamos á ese gigante ó diablo de dificultad. ¡Cáspita, si tenias razon, querida mia!—¿Y en todo eso consiste la otra, es decir, la única, la insuperable dificultad?

Interrogó la jóven con la vista al tio Colás y á su mujer, quienes le respondieron con otra mirada que dirigiéndose á Montenegro parecia querer decir de este modo:

—Cierra los ojos, hija mia, y agárrate sin vacilar á la casaca de ese padre que te viene como de molde.

la María respondió entonces:

—Esa es, señor, la dificultad que yo encuentro.

—Pues si en esta sola consiste,—aseguró el anciano en tono de buen humor,—aquí tienes mi brazo, despídete de estos buenos señores hasta cuantas veces se les antoje verte, y vámonos en paz á nuestra casa.

No supo la jóven de qué modo interpretar las humorísticas y confiadas palabras del que ya podemos llamar su abuelo; pero este la sacó de su incertidumbre diciéndola los motivos por qué no debía temer en manera alguna á la que, siendo su madre, temía como á un enemigo. Cuando María se enteró de que aquella se encontraba como reclusa en el convento de San Plácido, abrigó una especie de remordimiento, atribuyendo que acaso había el anciano padre adoptado semejante rigorosa medida para facilitarla á ella la tranquilidad que de otro modo no tendría. ¡Cándida presuncion que el abuelo desvaneció completamente, convenciéndola de que no era ella sino la maldad de Eugenia, quien le aconsejaba el alejar á esta de su lado!

Aquella misma tarde y despues de haberse prometido mutuamente, sus antiguos padres y ella, que se verian con la mayor frecuencia, María ocupaba un lindo y elegante gabinete en la casa del señor D. Pablo de Montenegro, que no tuvo, á pesar de su repetido y siempre decantado orgullo, el menor inconveniente en conducirla él mismo, en el traje popular y amanolado que usaba la jóven, hasta la misma puerta; y antes bien, con una tierna solicitud, que en breves momentos llenó de encanto á la niña, la condujo á través de las calles, y á pesar de sus años, con la misma galanteria y las mismas distinciones que si se tratára de una princesa.

No faltó quien los viese cruzar así, extrañando ver al respetable señor dando el brazo á una hija del pueblo; y acaso alguno hubiera sospechado con sobrada malicia en el anciano, una calaverada de esas que suelen cometer los viejos verdes.

Pero el grave y respetuoso continente con que el conocido jóven D. Enrique Utrera los acompañaba, cortó las alas á la maledicencia ruin, y los que en ello pararon mentes, se perdieron en vanas é inútiles conjeturas.

María se encontró, pues, instalada en su nueva casa, pero con una casa magnífica, casi en un palacio.

En los primeros momentos creyó estar siendo juguete de un ensueño inverosímil, que se desvanecería al despertar.

Su embarazo, al pisar aquellas alfombras, al sentarse en ricos y cómodos sillones, al rozar los pesados tapices, llegó al colmo, cuando los criados de la casa, obedeciendo las expresas órdenes de su señor, se afanaban, casi se atropellaban por servirla.

Hubo un momento en que se lo advirtió á su abuelo.

Este se sonrió con bondad, y dijo tranquilizándola:

—Saben que eso y más deben á mi hija, y casi todos ellos han entrado esta mañana esprefeso para tí... Por lo demás, ¿crees tú que yo necesito de esos ganapanes?... Con uno solo me sobraria.

Dijo, é imprimió luego un beso en la frente de María.

Ella sintió latir, á la dulce presion de aquel beso, una cuerda secreta, que á pesar del mucho cariño que la prodigáran las buenas gentes de la calle del Humilladero, no se habia conmovido jamás.

Una fruicion grande, íntima recorrió por todo su sér.

Era un beso apagado, un beso frio tal vez, aunque no

por eso ménos apasionado y cariñoso: pero habia ejercido en la niña cierta influencia magnética, cual si un fluido extraño se derramára por sus venas.

Tal vez no se cuidó, ó no supo definir aquella sensación; pero es la verdad que desde aquel instante se sintió feliz al lado del que se acababa de declarar su abuelo.

¿En qué se diferenciaba, pues, el beso del anciano de los que habian impreso mil veces en su frente y en su rostro el tío Colás y la señora Teresa, que tanto se complacian en adorarla?

Es que el beso de D. Pablo de Montenegro tenia un legítimo derecho á imprimirse en la frente de la niña.

Con aquel primer ósculo del anciano, acababa de recibir María la primera caricia verdaderamente paternal, en el trascurso de diez y siete años... Hé aquí, pues, sobradamente explicado el por qué se diferenciaba mucho de los que debió al cariño del matrimonio que desinteresada y caritativamente la habia prohijado.

¿Seria este sentimiento nuevo, desconocido hasta entonces para ella, una ingratitud hácia aquellas buenas gentes?

No; porque le dictaba la poderosa voz de la sangre.

Además, su corazón, tan exquisitamente propenso á amar, no podia en modo alguno ser sordo á tan noble sentimiento.

María, pues, comenzó á consagrar al anciano padre de Eugenia el cariño que tal vez esta le habia retirado, mas no por eso la pobre niña pudo olvidar á sus antiguos protectores, á sus padres del alma.

CAPITULO XXIII.

En el cual se ve que en cuestiones donde media un amor verdadero,
no hay fuerza de voluntad posible.

Habia vuelto á abrir Velarde la puerta del salon, y sin traspasar el dintel, aunque llegó á su oido el sollozo de Carolina, tornó á preguntar:

—¿Llama Vd.?

Preciso es que hasta en sus resoluciones de amor, tambien el jóven llegase hasta el heroismo; pues el llanto de la condesa, que yacia en su sillón sin fuerzas para otra cosa, era la más elocuente respuesta que podia desear su amante corazón, apasionado hasta el egoismo, intransigente en grado sumo; prueba sin duda de lo mucho que valian los sentimientos delicados de su alma recta y leal, así para los afectos como para los deberes.

Habíase, pues, detenido, bien á pesar de que los sollozos de su amada le dañaban cruelmente, y de que por evitarla una sola de aquellas lágrimas, hubiera dado su preciosa vida, mil vidas más que tuviera.

Viendo que Carolina no podía responderle, adelantó poco á poco hasta el gabinete, se detuvo á dos pasos de la jóven, y contemplándola en aquella actitud conmovedora,

—¡Carolina!—murmuró.

Ella, que habia percibido acercarse los pasos de Velarde, y detenerse ante ella, apartó las manos de sus ojos al oír la voz del artillero, miróle á través de un cristal de lágrimas, hermosas mil veces más que las preciadas perlas de Ofir, y exclamó con voz entrecortada:

—¡Pedrol!.... ¡Pedrol!.... no te creia tan duro de corazón....

Sin advertirlo tal vez la jóven calumniaba terriblemente al capitán, pues si las lágrimas no le hubieran impedido ver, distinguiria que los ojos de aquel sér varonil, pero delicado y sensible, se habian humedecido de ternura.

Velarde se acercó á Carolina, y tomándola una mano que ella le abandonó dulcemente, imprimió sobre el terso cútis un beso en que se exhalaba toda la efusion de su amante solicitud.

—Perdona,—dijo,—¡pero te amo tanto!

—¡Ah! si me amáras como dices,—objetó ella,—no consentirias en verme sufrir por niñerías que no tienen el menor fundamento.

—No dirias eso si te halláras en mi caso, Carolina.

Esta repuso enjugándose las lágrimas y consiguiendo serenarse:

—Veamos en qué fundas tus inmotivadas quejas; mas primero siéntate, para que así podamos explicarnos con entera calma. Estoy segura de que bien pronto vas á pedirme perdon, señor malvado, y entonces... ¡oh! entonces

me vengaré, juro que me vengaré, y mi castigo será tan ejemplar como lo es mi cariño por un ingrato que no sabe corresponderme.

Sentóse el artillero y comenzó:

—No es cierto, Carolina, lo que dices, y en dos años has tenido tiempo de conocerme. Te amo con idolatría, y porque te amo así soy capaz de llegar, como hace un momento, á prescindir hasta de mi carácter, benévolo aun para las personas que me son más indiferentes: no puedes dudar de lo que te digo, pues valdria tanto como dudar de la luz. Pues bien: voy á ser franco, antes de venir he sabido de un modo inesperado que ese hombre, á quien detesto como á todos los que son enemigos de mi pátria, se hallaba aquí, en esta casa, conversando contigo; y debo asegurarte, que despues de haberte manifestado en otra ocasion mi deseo de que abandones tu puesto al lado de la reina, para evitar así el roce de *esa canalla* inmundada, he extrañado y casi he sentido asombro al decirseme que en hora tan avanzada consentias la visita, que hoy repugna el más infeliz hijo del pueblo, de un francés tanto más odioso cuanto es más directa la parte que toma, por su posicion cerca del tirano, en las desgracias que tarde ó pronto han de sobrevenir.

—Prosigue hasta el fin,—dijo Carolina viendo que Velarde acababa de interrumpirse,—que despues hablaré yo hasta disipar todas tus dudas.

El artillero prosiguió:

—Es corto aunque sério lo que me resta que decir: persistiendo la reina en que vuelvas á su lado, te escribió por conducto de Belliard para que te decidas...

Carolina le interrumpió:

—Y aquí tengo la carta,—dijo entregando á Velarde la

misiva de la reina, que el jóven leyó con avidéz. En seguida dijo:

—Y bien, ¡yo sé que te decides, conozco perfectamente tu resolucion!

—¿Dices que me decido, que conoces mi resolucion?

—Sí, Carolina.

—Pues entonces, ¿de qué te inquietas?

—¿No he de inquietarme?... ¿Sabes tú que volver, sobre todo en estas circunstancias, al lado de la reina, valdria tanto como si nos separára un abismo?

—Escucha, Pedro,—repuse la jóven,—digo que no debes inquietarte, y digo bien: ese abismo de que hablas no podrá mediar nunca entre nosotros...

—¿Me habrán engañado?...

—¡Y tanto como te engañaron! Habia resuelto ver á los reyes antes de su partida; mas negándome abiertamente y sin otro pretexto que mi voluntad, á admitir las proposiciones que se me hicieron, ahora pienso hacer más, pienso hasta evitar el despedirme de la reina...

—¿Es decir que ya no vas, que no irás á aspirar los pestíferos aires del extranjero?—insistió Velarde con júbilo.

—Juro, Velarde, que aun cuando esto causára gran disgusto á la reina, y aunque la librára con mi compañía de los muchos peligros que la rodean, primero eres tú, tu voluntad vale más á mi corazon que la felicidad de esa señora á quien tanto he querido; pero que segun tú mismo dices, causará grandes catástrofes al reino con sus desaciertos.

Velarde quiso arrojarse sobre las manos de Carolina para cubrirlas de besos, pero ella le rechazó dulcemente y dijo:

—¿Creo que aun debias preguntarme algo más?

—Es verdad,—respondió Velarde,—pero estoy convencido de que todo es una falsedad indigna, y se ha querido sacar partido de meras coincidencias.

—Sin embargo,—insistió la joven,—¿no te han dicho que Belliard me habia declarado su amor? Sé franco.

—Sí, me lo dijeron.

—Pero han omitido sin duda una cosa importante.

—¿Qué?

—La posicion tristemente ridícula en que se ha colocado el pobre Belliard, habiéndome obligado su presuncion estúpida á una reconvencion que ciertamente, si es hombre delicado, le habrá llegado al alma.

—Mas... ¿cómo?

Carolina refirió entonces á su amante cómo fué presa de aquella especie de sonambulismo que recordarán nuestros lectores, pero lo refirió de un modo particular, que hizo estremecer de dicha á Valarde; y al llegar á la parte que comprendia la falsa interpretacion dada por Belliard al monólogo de la condesa, los dos amantes rieron de todas veras con una risa que hubiera hecho palidecer al general del estado mayor francés, á estar presente.

La condesa añadió conteniéndose á duras penas:

—Imagina tú, Pedro, cuánto no le afectarian mi actitud y mis palabras, que al despedirse mohino y disgustado, me dijo con una expresion que le asemejó á uno de esos feos mamelucos de su ejército:

—Vos le amais á él, señora, pero yo os juro que vuestro amor le saldrá caro, porque desde hoy seré su mayor enemigo.

Velarde se sonrió con desprecio, y advirtió á Carolina, despues de haberla besado con tierna gratitud una mano:

—Estoy tranquilo, querida mia, y no podia ser otra cosa: me arrepiento y te pido perdon por el disgusto que te he causado; más desde ahora quiero que bajo ningun pretexto permitas en tu casa la entrada á ese hombre.

—¡Me guardaré muy bien!... y en cuanto á eso, no era necesario que me lo advirtieras, pues al tiempo de irme á acostar, antes de venir tú, me habia formado la firme resolución de alejar por completo al impertinente... Pero dime, ahora que ya hemos conseguido entendernos y despejar la incógnita, ¿podré saber quién ha sido el buen amigo que quiso hacerme el favor de llenar tu cabeza de fantasmas?... Creo que ni la persona ni sus intenciones valen la pena de guardar un secreto respetuoso: sé franco.

Velarde pareció como indeciso en responder á su amada; pero esta le sacó del apuro diciendo con la más profunda convicción:

—No necesitas decirlo, porque lo sé perfectamente: ha sido mi excelente amiga Eugenia... y con su carácter vengativo y orgulloso, no necesito exforzarme en averiguar los motivos que la impulsaron á cometer esa felonía. ¡Verdaderamente bien necesita compasion!

—¿Qué ha habido pues?

—Cosa bien sencilla ; cuando hablaba con Belliard , estaba Eugenia en el corredor, y mientras mi doncella creyó que entraria derechamente en el gabinete , ella se detuvo trás el tapíz, y lo escuchó todo , segun todas las probabilidades; aunque procuró desfigurar la verdad con una perfidia que comprendo ahora. ¿Y sabes por qué ha querido vengarse? Pues vés á saberlo: habia querido ocultártelo para ahorrarte un disgusto. Dime: ¿no has visto esta noche en casa de M... al que debe enlazarse pronto con esa mujer, al baron del Pino?

—Sí, le he visto.

—¿Y no ha ocurrido alguna cosa particular?... ¿alguna percance?...

—Ninguna cosa ha habido que no fuera tratar del asunto para que el conde formó la reunion.

—Pues óyeme: habia recibido una carta, escrita en San Lorenzo, por la cual se colegian los manejos en que anda el baron del Pino con los franceses... La carta era de la reina á Murat, y se recomendaba la conveniencia de un pensamiento que habia concebido el baron, que consistía en asistir á la reunion de M... é informarse de lo que allí se tratara...

—¿Y qué hiciste de esa carta?

—No quise dártela, porque temia no te contuvieras, pero la remiti á M...; aun á trueque de que tanto Murat como la reina descubran esta mi traicioncilla... pero ¿qué quieres?... por un lado temia que tú te enteraras de ello, y por otro era forzoso cortar las alas á la iniquidad de ese hombre... Sabia que tú concurririas á la casa de M...; y como este tiene el hábito de hacer las cosas disfrazándolo todo como su nombre cuando le conviene hacer una de las tuyas, dije para mí: nadie más á propósito para sacar partido de este aviso de la Providencia...

—¿Pero cómo es que nada me ha dicho el conde?

—Yo no lo extraño: se lo habia recomendado mucho... ¡Harto te comprometes á cada paso, manifestando sin rebozo el ódio que profesas á la canalla, como tú dices!... Pues para acabar de una vez: he cometido la flaqueza, ó la imprudencia, de decirlo todo hace una hora, poco antes que tú encontraras á Eugenia, y sin duda al saber de mi propia boca que indirectamente contribuí á un fracaso, ha querido vengarse, hé aquí todo.